

Presentación de los nuevos dominios multilingües en Internet

Introducción del Director de la R A E

Señor Presidente del Gobierno de España

Señores ministros de Industria y de Cultura

Señores Directores de las veinte Academias americanas de la lengua Española

Señores Directores de la Real Academia Galega, de la Euskaltzaindia, del Institut d'Estudis Catalans y de la Academia Valenciana de la Llengua

Señora Directora del Instituto Cervantes

Señores Académicos de la Española

Autoridades y representaciones. Señoras y Señores

Define nuestro Diccionario el *símbolo* como la “representación sensorialmente perceptible de una realidad”. Basta, según eso, abrir los ojos para comprender que es este un acto cargado de simbolismo.

Red.es, la entidad pública del Ministerio de Industria que trabaja para fomentar el desarrollo y el uso de las tecnologías de la comunicación, a fin de que cada vez más ciudadanos accedan a la sociedad de la información y se potencie la presencia del español en la Red, ha querido celebrar en esta Casa la introducción de nuevos dominios multilingües en Internet. Son sólo trece signos gráficos y su enunciado –ocho tildes acentuales, dos diéresis, una “l” doble, separados sus elementos por un punto volado, una “ç” y la “ñ”- podrían parecer poca cosa, sobre todo hoy, cuando las propias tecnologías de la comunicación se dirían regidas por las leyes del minimalismo y la simplificación expeditiva.

Y, sin embargo, todos recordamos nuestra generalizada protesta de hace pocos años al comprobar que en las primeras computadoras no figuraban esos signos gráficos, por los que “España” resultaba simplemente “España”. Sabíamos que ello se debía a una razón puramente técnica: la limitación en el sistema binario de siete *bits* a ciento veintiocho posiciones ocupadas por el alfabeto anglosajón estadounidense y algunos signos operativos. No nos consolaba saber que tampoco había lugar allí para el signo de la libra esterlina, el alfabeto griego o el cirílico. Fue entonces, por ejemplo, cuando un creativo publicitario propuso erigir la “ñ” como logotipo simbólico del Cervantes.

El paso de siete a ocho *bits* multiplicó por dos las posibilidades y al grupo de ciento veintiocho posiciones se añadió otro facultativo, de otras ciento veintiocho. Y es esto, en el dominio territorial del “.es” lo que permite la incorporación que ahora celebramos. *Red.es* consultó a nuestra Academia y a las cuatro Academias de las otras lenguas de España, cooficiales en sus respectivas comunidades. Comparten la “ñ”, signo gráfico del sonido nasal palatal nacido de la geminación de la “n” latina, el castellano, el gallego, y, aunque sin carácter de signo gráfico patrimonial, el euskera. Son comunes al castellano, el catalán y el gallego las tildes acentuales y la “ü”, mientras que el catalán utiliza, en sus diversas realizaciones, la “ï” (de cruïlla), la “ç” (de Barça) y la l.l (de il.lusió).

Todas estas grafías han ido fijándose a lo largo de los siglos en el proceso de configuración de las lenguas romances peninsulares, de las que el euskera, que tan maridado estuvo al nacimiento del romance castellano, ha tomado en préstamo algunos elementos. Lenguas, pues, todas ellas hermanas y patrimonio cultural común de España, justo es que las Academias que a diario compartimos informaciones, metodologías y técnicas del trabajo lexicográfico, celebremos juntas este pequeño pero potencialmente grande paso, que, en la escritura informática nos permitirá reconocernos en los caracteres que forman parte de nuestra común y varia identidad lingüística.

Cuando, con el paso de ocho a dieciséis *bits* sea realidad universal el sistema *Unicode*, la Red se habrá hecho tan tupida, que todas las modalidades gráficas de todas las lenguas podrán circular por ella y ser virtualmente conocidas. En una formidable posibilidad, pero, a la par,

un descomunal reto para cada una de ellas. Y, por su puesto, para las Academias. Retos, algunos, imprevisibles. Si la invención de la imprenta volvió la página del imaginario medieval para el que este mundo era simple alegoría del celeste y constituyó al hombre, al *homo tipographicus* de McLuhan, en medida de todas las cosas, ¿qué vendrá a ser el homo cibernéticus apresado en esa inmensa malla de palabras?

Con nosotros están hoy aquí los directores de las Academias americanas de la Lengua Española. Juntos, estamos llevando adelante desde hace años una política lingüística panhispánica, que, sustentada en el principio de que la norma reguladora del español no ha de ser centralista sino policéntrica, pone al servicio de los hispanohablantes un Diccionario, una Gramática y una Ortografía en los que se refleja la unidad del español en su rica y cambiante realidad.

La informática nos ha abierto a las Academias tres grandes líneas de actuación. En primer lugar, la de la comunicación en tiempo real: más de setecientos cincuenta mil consultas diarias recibe, por ejemplo, la página electrónica del Diccionario, y miles, el Banco de Datos que ofrece documentación sobre cuatrocientos cincuenta millones de formas léxicas. Las nuevas tecnologías nos han permitido, en segundo lugar, explorar nuevos espacios de investigación lingüística. El pasado martes hemos inaugurado el Centro de estudios de la RAE y de la Asociación de Academias en un hermoso edificio que nos ha cedido el Gobierno; y allí hemos podido mostrar a la Vicepresidenta del Gobierno y a los Ministros de A.A.E.E. y de Educación que la acompañaban, el primer fruto de la investigación para el *Nuevo Diccionario Histórico de la Lengua Española*, declarado proyecto de Estado por decisión personal del Presidente del Gobierno en atención a su carácter pionero en el ámbito de las Humanidades. Planteado todo él sobre una base lingüística computacional, se van incorporando a él investigadores y centros de todo el mundo hispánico. Su primer fruto es un corpus léxico histórico de cincuenta y cinco millones de formas, que, lematizadas de manera automática, ofrecen datos precisos que permitirán construir la biografía de cada palabra desde su nacimiento hasta hoy.

La tercera vía abierta por las nuevas tecnologías está directamente relacionada con un aspecto de ese reto al que acabo de referirme. La potenciación de comunicaciones en el

ciberespacio incide de lleno en la evolución de la lengua. Para seguirla paso a paso y poder intervenir con eficacia, empezará a funcionar de inmediato el *Observatorio del neologismo* con puntos de estudio radicados en cada Academia. Y, a la par, la construcción del nuevo *Corpus léxico del siglo XXI*, que estará permanentemente actualizado.

Acabo de mencionar el apoyo generoso del Gobierno de España, que, a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional, se proyecta también sobre las Academias americanas. Muchas gracias, Sr. Presidente, por su apoyo personal y por la ayuda institucional. Pero es de justicia dejar constancia en este punto de que el primer impulsor y valedor continuo de nuestra política lingüística panhispanica ha sido y es Su Majestad el Rey, que cumple el mandato constitucional de patronazgo de esta Casa con un entusiasmo y una generosidad sin límites. Con una conciencia clarividente de que el respeto a la diversidad es base para construir la unidad, y de que, integrando cada país todas sus particulares riquezas lingüísticas y culturales, la lengua española es el vehículo que puede incorporar a las veinte naciones a una acción comunitaria de formidable eficacia, el Rey ha abierto a nuestra Academia, como embajador de a pie, todos los caminos de América y con la soberana autoridad que allí se le reconoce de modo entusiasta, nos ha franqueado todas las puertas.

Hablaba hace unos momentos de las grandes posibilidades y del reto descomunal que las nuevas tecnologías nos están planteando con apremio. Para afrontarlo tenemos que pensar en acciones concretas. La *Corporación de Internet para la Asignación de Nombres y Números* (ICANN) ha comenzado a registrar dominios no sólo territoriales –a estados reconocidos por la ONU- sino también dominios asociados a una lengua. Por qué no pensar, entonces, a salvo de los dominios territoriales de cada país, en un registro que identifique los contenidos producidos en español y que aúne los esfuerzos de la comunidad iberoamericana en la sociedad de la información. Hasta el momento sólo tres países hispanohablantes han logrado que los signos ortográficos de nuestra lengua sean reconocidos bajo sus registros territoriales.

Con sincero respeto a todas las lenguas de América y de España que se inscriben en la llamada “galaxia lingüística hispánica” y de las que, aquí y allá, son estudiosos destacados y cultivadores eminentes algunos miembros de las Academias de la Lengua Española, conjugan éstas la autonomía nacional de su trabajo con la tarea asociada panhispánica . Podremos, por ello, colaborar de modo eficaz con los organismos reguladores de todos y cada uno de los gobiernos para lograr ese nuevo registro unificador.

No hace falta que me detenga a explicar el interés de ello. Porque no hemos de pensar únicamente en la dimensión cuantitativa de la presencia –más español en la red- sino en lo cualitativo: en una comunidad que quiere hacerse presente en el babel de las lenguas y hacer oír su voz como expresión de fe en que sólo la educación y la cultura, en definitiva la palabra que nos constituye y nos salva, puede garantizar la libertad y el progreso de los individuos y de la sociedad. Porque a esa causa queremos servir y servimos las Academias de la Lengua Española.